

# RAÍCES Y Matices, EN CLAVE EUROPEA, DE LAS RELACIONES ENTRE ESPAÑA Y ESTADOS UNIDOS EN LOS INICIOS DEL SIGLO XXI

NURIA TABANERA GARCÍA

LA HISTORIA DEJA HUELLA. LO SABEMOS. Muchos en España aún no pueden olvidar que hace poco más de un siglo los españoles se batían con los que, en la prensa española de 1898, se definían fundamentalmente como *protestantes, liberales, masones, mercaderes, pelagatos, especuladores, aventureros, interesados, inmorales, prepotentes o insolentes*.<sup>1</sup>

En efecto, el 12 de julio de 1898 cayó en manos estadounidenses Santiago de Cuba y, el 13 de agosto, Manila, con lo que desaparece, con inestimable ayuda estadounidense, el Imperio español. Comenzaba también a dibujarse un casi permanente, aunque complejo, antiamericanismo, que caracterizó la común percepción de la realidad internacional en la sociedad española durante el siglo xx.<sup>2</sup>

Muchos dirán que la huella del 98 era visible en las calles españolas en febrero de 2003, cuando millones de personas salieron a manifestarse contra la guerra que declaraba la administración de George W. Bush a Iraq, con apoyo de una coalición internacional y del entonces presidente del gobierno español, José María Aznar.

Trataremos de explicar la magnitud de esa huella en las líneas básicas de la relación bilateral hispano-estadounidense, que en los primeros años del siglo XXI se ha convertido, para romper con muchas tradiciones asentadas desde la transición española, en una fuente de controversia nacional e, incluso, europea.

<sup>1</sup> Agustín Martínez de las Heras, "La visión de Estados Unidos durante la Guerra del 98 desde las crónicas semanales de *La Lectura Dominical*", en Carmen Flys Junquera y Juan E. Cruz Cabrera (eds.), *El nuevo horizonte: España / Estados Unidos. El legado de 1848 y 1898 frente al nuevo milenio*, Madrid, Universidad de Alcalá de Henares, 2001, p. 113.

<sup>2</sup> Alessandro Seregni, *El antiamericanismo español*, Madrid, Síntesis, 2007, pp. 54 y ss.

ESTADOS UNIDOS EN LA POLÍTICA EXTERIOR  
DE LA DEMOCRACIA ESPAÑOLA

España sigue siendo un aliado de Estados Unidos, integrado plenamente en la OTAN y en la Unión Europea, como antes del trágico mes de marzo de 2004. Sin embargo, algo parece haber cambiado mucho desde el 11 de marzo de ese año, cuando diez bombas de Al Qaeda estallaron en cuatro trenes de la red de cercanías en Madrid, causando 190 muertos y 1 400 heridos y provocando “la mayor matanza terrorista en España, y la catástrofe de mayor alcance registrada en la capital desde la Guerra Civil”.<sup>3</sup>

Antes, para la administración Bush, España era un aliado como le gusta tener a Estados Unidos: fiable y predecible, como Gran Bretaña; y no como Francia, predecible pero no fiable.<sup>4</sup> Desde las elecciones del 14 de marzo de 2004, con un jefe de gobierno español nuevamente socialista, Estados Unidos parece haber olvidado que España comenzó a ser un aliado “de primera” (predecible y fiable) con Felipe González, durante la Guerra del Golfo. Múltiples gestos desde la toma de posesión de José Luis Rodríguez Zapatero parecen demostrar que ahora España es para Estados Unidos, siguiendo la distinción de Ángel Viñas, más parecida a Francia que a Gran Bretaña: predecible pero no fiable.

Frente a suspicacias más o menos explícitas de los diplomáticos y políticos republicanos en el poder, para el actual gobierno español, “nuestras relaciones con Estados Unidos son claras, no hay ningún protocolo secreto que obligue a hacer restricciones mentales, son buenas, están normalizadas y son fluidas”, ya que “cuando somos aliados es porque nos consideramos útiles”.<sup>5</sup> Con estas declaraciones, José Bono, entonces ministro de Defensa, alude al origen del alineamiento de España y Estados Unidos, a partir del acuerdo que en 1953 reintegró la aislada dictadura de Franco al concierto internacional de la Guerra Fría y que, con cláusulas secretas incluidas,<sup>6</sup> contribuyó

<sup>3</sup> *El País*, 12 de marzo de 2004, Editorial.

<sup>4</sup> Ángel Viñas, “Los pactos con Estados Unidos en el despertar de la España democrática, 1975-1995”, en Lorenzo Delgado y María Dolores Elizalde, *España y Estados Unidos en el siglo xx*, Madrid, CSIC, 2005, p. 288.

<sup>5</sup> Ministerio de Defensa de España, “Bono: ‘Nuestras relaciones con los EE.UU. son claras, sin restricciones, están normalizadas y son fluidas’”, nota de prensa del 21 de junio 2005, en [http://www.mde.es/NotasPrensa?id\\_nodo=4072&accion=1&id\\_nota=601&id\\_vis=601](http://www.mde.es/NotasPrensa?id_nodo=4072&accion=1&id_nota=601&id_vis=601)

<sup>6</sup> Lorenzo Delgado, “¿El ‘amigo americano’?: España y Estados Unidos durante el franquismo”, *Studia Historica. Historia Contemporánea*, núm. 21, 2003, p. 244. Los pactos de 1953 establecieron un estatuto jurídico especial para las fuerzas estadounidenses sumamente ventajoso, así como la capacidad para activar las bases sin previo consentimiento español, sin que tampoco hubiera obligación de informar sobre el número, variaciones y movimiento de las fuerzas estacionadas en España. Véase más información sobre la negociación que dio paso a

al mantenimiento de la dictadura. A su vez da a entender que las relaciones con Estados Unidos han recuperado en 2005 una claridad y una *normalidad* perdidas.

¿A qué normalidad perdida pudo referirse tan sutilmente el ministro Bono? Lógicamente, no a la predemocrática, que se caracterizó por la supe-ditación española a los dictados estadounidenses, con pérdida de soberanía incluida, y por la escasa capacidad de maniobra en la negociación. De hecho, la dependencia absoluta del régimen a la única alianza relevante que legitimaba internacionalmente a la dictadura llevó a decir a Franco a los negociadores españoles: “en último término, si no consiguen ustedes lo que quieren, firmen lo que les pongan por delante. El acuerdo lo necesitamos”.<sup>7</sup>

Obviamente, la normalidad vendría marcada por el escenario establecido cuando España pasó a ser un “país normal”, “homologado” en Europa: una democracia estable, sin “pecados originales” que pagar, integrada en los organismos multilaterales políticos, económicos y defensivos en los que le correspondía estar por geografía, historia y presente: la Comunidad Europea y la OTAN. Este era un escenario que en Estados Unidos permitía definir lo español sin recurrir a las imágenes heredadas de la leyenda negra (la ilustrada, que destacaba de España la intolerancia, el absolutismo y el fanatismo) y de la leyenda amarilla (la romántica, que ponía los acentos del exotismo, el color, la sensualidad y la anarquía).<sup>8</sup> Tal escenario, una vez superado el plebiscito de la OTAN celebrado en 1986, se veía reforzado claramente por el amplio consenso que en materia de política exterior se construyó en la transición democrática española entre las fuerzas políticas mayoritarias y la opinión pública, y en el que, obviamente, estaba presente Estados Unidos. En dicho consenso se establecieron dos líneas básicas de actuación: el europeísmo y el multilateralismo.

Casi todo el espectro político en la transición entendió que la integración de España en la comunidad europea era objetivo prioritario, tanto para fortalecer y legitimar a la reciente democracia española, como para participar en la toma de decisiones en el escenario económico, cultural y político de España.<sup>9</sup> La opinión pública española, no muy interesada tradicionalmente en los asuntos internacionales, ha ido asumiendo esa apuesta. Desde 1992 ha crecido el interés por ese ámbito, en paralelo a la generalizada

---

esos acuerdos en Viñas, *En las garras del águila. Los pactos con Estados Unidos, de Franco a Felipe González (1945-1995)*, Barcelona, Crítica, 2003.

<sup>7</sup> Delgado, art. cit., p. 245; Viñas, art. cit., p. 247.

<sup>8</sup> Antonio Niño, “Las relaciones culturales como punto de reencuentro hispano-estadounidense”, en Delgado y Elizalde, *op. cit.*, pp. 64-69.

<sup>9</sup> R. Bassols, “Europa en la transición española”, en Javier Tusell *et al.*, *La política exterior de España en el siglo XX*, Madrid, UNED, p. 464.

aprobación de nuestra pertenencia a la Unión Europea, vista progresivamente como muy beneficiosa. Ya desde 1997 las noticias sobre Europa son las únicas que despiertan un interés positivo entre los españoles.<sup>10</sup>

Por otro lado, España, reconocida ya en la década de 1980 como potencia media integrada en Europa, con limitadas capacidades defensivas y económicas, asumía que podía defender mejor sus intereses en uno de los marcos establecidos en la segunda posguerra mundial: el del multilateralismo, de la mano de la ONU, la OTAN y la integración europea, como garantes de la paz y el *statu quo*. Parecía asumirse que en el contexto de lo que sería, aunque todavía no se sabía, el fin del bipolarismo, era preferible un Occidente unido, sujeto a determinadas reglas e instancias de discusión, y una Europa que casi todos todavía deseaban unida. Lo prefería Estados Unidos para evitar nuevas guerras intraeuropeas y para mantener controlada a Alemania, así como la URSS, para equilibrar el poder estadounidense, y, finalmente, también la propia Europa, para ganar autonomía frente a la hegemonía estadounidense.

Como elemento secundario de ese multilateralismo se extendió un renovado interés por América Latina, inmersa entonces en procesos de democratización y de ajuste económico muy complicados. De hecho, por la combinación del multilateralismo con el interés por América Latina, la política iberoamericana de España ha adolecido de tintes en exceso regionales o globales, por considerar a América Latina como un todo. Lo cual ha generado una desatención excesiva de la relación bilateral, al prevalecer, por un lado, la pretensión de convertir en actor internacional a la Comunidad Iberoamericana de Naciones, desplegada a partir de las Cumbres de Jefe de Estado y de Gobierno desde 1991, y, por otro, el apoyo a los procesos de integración regional de diverso tipo.<sup>11</sup>

Esos pilares esenciales incluían también mantener una relación especial con Estados Unidos, ya que en ningún momento ningún líder relevante de la transición cuestionó el vínculo estratégico que se mantenía con ellos, aunque sí se empeñaron todos en modificar las condiciones del acuerdo establecido en 1953 y renovado, sin demasiadas modificaciones, hasta 1988.<sup>12</sup> En esos años ochenta, sin embargo, todavía la opinión pública española entendía

<sup>10</sup> Salustiano del Campo y Juan Manuel Camacho, *La opinión pública española y la política exterior*, Informe INCIPE, 2003, p. 34, en [http://www.incipec.org/INFORME\\_INCIPE\\_2003.pdf](http://www.incipec.org/INFORME_INCIPE_2003.pdf)

<sup>11</sup> Carlos Malamud, "España y América Latina. El pulso entre lo global y lo bilateral", *Documentos de Trabajo*, núm. 58, 2004, en [http://realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM\\_GLOBAL\\_CONTEXT=/Elcano\\_es/Zonas\\_es/América+Latina/DT58-2004](http://realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/Elcano_es/Zonas_es/América+Latina/DT58-2004)

<sup>12</sup> Delgado, "Cooperación cultural y científica en clave política: 'Crear un clima de opinión favorable para las bases USA en España'", en Delgado y Elizalde, *España y Estados Unidos...*, p. 243.

que el primer país que amenazaba la paz de España era Estados Unidos, por delante de la URSS y de Marruecos y, en 1987, de Marruecos y de la URSS. Esa sensación de amenaza y de cierto antiamericanismo combinaba varios ingredientes heredados del tardofranquismo, añadidos entonces a la tensión política generada tanto por el referéndum mediante el que España aprobó mantener su vinculación a la OTAN, como por la difícil negociación, iniciada en 1986, que dio origen al nuevo acuerdo de 1988.

#### LA CONSTANTE DEL ANTIAMERICANISMO ESPAÑOL

Por un lado, incluso después de 1953 y hasta 1975, se fue alimentando en la sociedad española un renacido antiamericanismo, que recordaba al surgido tras la derrota del 98. La necesidad imperiosa que tuvo Franco de llegar a un pacto con Estados Unidos no evitó la extensión del desencanto y de la insatisfacción entre miembros diversos del régimen ante los resultados del acuerdo. Tal desencanto obedecía a la vergonzante cesión de soberanía, evidente en los conflictos de Líbano de 1958 y de Cuba en 1962, cuando se pusieron en máxima alerta las bases de Torrejón y Morón sin aviso previo al gobierno;<sup>13</sup> o a la constatación de la tibieza estadounidense ante la tensión con Marruecos y la reclamación española de Gibraltar; o al imparable descenso de la ayuda económica vinculada a los acuerdos en los años sesenta, que limitaba el alcance de la modernización de las Fuerzas Armadas y de la economía española.

Rosa Pardo y Feliciano Portero<sup>14</sup> explican la extensión de un doble antiamericanismo dentro del régimen por efecto de esas frustraciones. El antiamericanismo conservador se desarrolló entre aquellos que mantenían viva la continuidad del programa ideológico original del franquismo (anti-liberal y antidemocrático). Ellos se incomodaban ante la alianza con Estados Unidos y con los valores democráticos, de tolerancia y libre mercado que representaba, pero admitían la relación bilateral sólo por su anticomunismo. Por su parte, el antiamericanismo nacionalista era reflejo del sentimiento de humillación experimentado desde 1953, que se agudizó con el fracaso que padecieron las pretensiones españolas en las renovaciones de 1963 y 1970, y que fue adquiriendo rasgos más “interclasistas”, al ser visible

<sup>13</sup> Viñas, *En las garras del águila...*, p. 346.

<sup>14</sup> Rosa Pardo, “La política estadounidense”, *Ayer*, núm. 49, 2003, p. 42; Florentino Portero, “El régimen franquista y Estados Unidos, de enemigos a aliados”, en Delgado y Elizalde, *op. cit.*, p. 154.

también en el ejército y en diversos ministerios como el de Asuntos Exteriores, siempre relegado en las negociaciones con Estados Unidos.

Otro antiamericanismo que arraigaba en la oposición contravenía las tradiciones de admiración, visibles en partidos liberales y progresistas españoles anteriores a la Guerra Civil, representados por Rafael Altamira o por otros miembros de la Junta de Ampliación de Estudios de la Institución Libre de Enseñanza, como Francisco Giner de los Ríos. La nueva animadversión también retomaba viejas tendencias antiamericanas de republicanos y de socialistas, impulsadas en las primeras décadas del siglo xx por la crítica al imperialismo estadounidense ejercido en América Latina y muy condenado, entre otros, por los socialistas del ala más izquierdista del PSOE, como Julio Álvarez del Vayo o Luis Araquistáin.<sup>15</sup> En la transición, el tradicional antiamericanismo de izquierda encontraba en España abono suficiente: Estados Unidos sirvió de apoyo al régimen y le dio cobertura internacional, truncando así las esperanzas puestas en su caída. En carne propia se comprobaba que Estados Unidos apoyaba a dictaduras, como en América Latina y Asia, con tal de mantener el control interno en su bloque para enfrentarse a la URSS. Para los demócratas españoles, frente a lo que ocurría en Europa donde Estados Unidos se identificaba con la fuerza que los liberó del nazismo y del fascismo, la potencia estadounidense se convertía en el colaborador que apuntaló una dictadura de igual raíz que las de aquéllos.

Así, desde diversos frentes de la izquierda y derecha aparecieron nuevos obstáculos a la posible aproximación hispano-estadounidense en términos más parecidos a los que se percibían en otros países de la Europa occidental. Carlos A. Zaldívar<sup>16</sup> recuerda que en los años de la transición democrática se mantenían activos elementos de tensión como antiguos conflictos bélicos,

<sup>15</sup> Ambos fueron dirigentes del PSOE durante la Segunda República, en que tuvieron responsabilidades políticas y diplomáticas relevantes e influyentes. Así, Julio Álvarez del Vayo fue durante el Primer Bienio embajador en México, se destacó por su admiración por la Revolución mexicana y por su sensibilidad en la resolución de los diversos conflictos entonces abiertos entre España y México (reclamaciones de españoles afectados por la lucha revolucionaria, antiespañolismo en los textos escolares mexicanos, etc.). Durante la Guerra Civil fue ministro de Estado en la presidencia de Largo Caballero. Véase también Nuria Tabanera García, *Ilusiones y desencuentros. La acción diplomática republicana en Hispanoamérica (1931-1939)*, Madrid, CEDEAL, 1996, pp. 151-155. Luis Araquistáin fue, además de embajador en Berlín y París, uno de los referentes ideológicos más destacados del sector más izquierdista del PSOE, director de las revistas *España*, *Leviatán* y *Claridad* y consejero político, como su cuñado Álvarez del Vayo, de Largo Caballero.

<sup>16</sup> Carlos Alonso Zaldívar, "Miradas torcidas. Percepciones mutuas entre España y Estados Unidos", *Documentos de Trabajo*, núm. 22, 2003, en [http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM\\_GLOBAL\\_CONTEXT=/Elcano\\_es/Zonas\\_es/Imagen+de+España/DT22-2003](http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/Elcano_es/Zonas_es/Imagen+de+España/DT22-2003)

competencia por la influencia en América Latina o prejuicios políticos; todo lo cual creaba mutuas percepciones negativas. Dichos elementos no podían ser mitigados por aportes positivos, como los lazos establecidos desde las guerras mundiales entre Estados Unidos y algunos países europeos.

Estos sentimientos antiamericanos se soslayaron en el supuesto “Pacto oculto de la Moncloa”, que concernía a la política exterior y que implicó en la transición española el no poner en duda los trazos de la relación estratégica con Estados Unidos, sino sólo redefinirla en términos más equitativos, como entendían los negociadores españoles que correspondería a dos democracias occidentales, integradas ambas desde 1982 en la OTAN. Aun así, los pactos con Estados Unidos, tal y como estaban establecidos en los primeros años ochenta, también se rechazaban en amplios sectores pues no generaban más seguridad para España, sino que aumentaban los riesgos de implicación española en los conflictos que podían surgir en medio de la segunda gran crisis transatlántica, que entre 1979 y 1983 enfrentó a Estados Unidos y a sus aliados europeos por su negativa a aumentar su implicación en el asedio económico y político que Ronald Reagan acentuó contra la URSS.<sup>17</sup> Y es que, en los primeros años ochenta, no sólo en España, como hemos visto, se pensaba que Estados Unidos era el primer peligro para la seguridad de los europeos.

En ese convulso marco se produjo, en 1988, la modificación definitiva de los términos de la relación de seguridad entre Estados Unidos y España, no sin muchas dificultades, donde aquel país aceptaba reducir de forma significativa su presencia militar en España (afectando especialmente a la salida del Ala 401 de la base de Torrejón) y la desnuclearización del territorio español. Estados Unidos asumía así la igualdad de España con el resto de sus aliados europeos, puesto que todos contribuían a la defensa común en los niveles y con las condiciones que libremente cada uno establecía, sin cargas adicionales como las que suponían para España las herencias del acuerdo de 1953.

Tintes de normalidad podían aparecer en la relación bilateral, aun a pesar de la política española de apoyo a los procesos de pacificación en Nicaragua, El Salvador y Honduras, y por la apuesta firme de España por consolidar el proceso de integración política de Europa.<sup>18</sup>

<sup>17</sup> María Esther Barbé y Anna Herranz, “La crisis de Irak: ¿punto de inflexión en las relaciones transatlánticas?”, en Barbé (ed.), *¿Existe una brecha transatlántica?: Estados Unidos y la Unión Europea tras la crisis de Irak*, Madrid, Catarata, 2005, p. 28.

<sup>18</sup> Celestino del Arenal y Alfonso Nájera, *La Comunidad Iberoamericana de Naciones. Presente y futuro de la política iberoamericana de España*, Madrid, CEDEAL, 1992, p. 224; Juan Antonio Yáñez-Barnuevo, “España, la ONU y la participación en Centroamérica”, *Síntesis*, núm. 27-28, 1997, pp. 144-145.

## LAS MUTACIONES EN LAS RELACIONES TRANSATLÁNTICAS

Casi todo cambió sustancialmente en 1989 con la caída del Muro de Berlín y la posterior implosión y desaparición del primer y fundamental enemigo de la alianza transatlántica, la URSS.

Como señala Pascal Boniface,<sup>19</sup> el mundo que hoy conocemos, el sistema internacional en el que nos movemos, no nace del 11-9 (11 de septiembre) de 2001, sino del 9-11 (9 de noviembre) de 1989. Fue entonces cuando el mundo bipolar terminó y también cuando Estados Unidos comenzaron a perder interés por la apuesta multilateral que ellos mismos encabezaron desde 1945, visible en su apoyo a la creación de la Organización de Naciones Unidas, el Fondo Monetario Internacional, el GATT –*Acuerdo General sobre Tarifas Arancelarias y Comercio*– y la Comunidad Económica Europea. Desde 1989, la aparente omnipotencia estadounidense, sola ante el orden internacional, sin contraparte, sin enemigo inmediato a la vista, alimentó en Estados Unidos la percepción de que podía librarse de cualquier tipo de condicionamiento bilateral o multilateral en la defensa de sus intereses nacionales. Parecía comprobarse que el excepcionalismo estadounidense (nacido del mito originario de que son una nación predestinada por Dios para liderar, liberar y salvar al mundo)<sup>20</sup> se convertía ahora, de forma natural, en unilateralismo, como si éste fuera resultado, también natural, del unipolarismo.

Así, con fuerza desde fines de los años noventa creció en Estados Unidos la vieja idea de que su poder podía permitirle saltarse las reglas del derecho internacional, alejarse de las instituciones multilaterales y privilegiar las prácticas coercitivas sobre las diplomáticas.<sup>21</sup>

Si el multilateralismo (para Condoleezza Rice, “una maldad necesaria en otras épocas históricas”<sup>22</sup>) era una de las primeras víctimas del cambio en la política exterior estadounidense posterior a 1989, las relaciones transatlán-

<sup>19</sup> Pascal Boniface, “El mundo en 2003, tendencias y evolución”, en *Anuario Internacional CIDOB 2003*, Barcelona, CIDOB, 2004, p. 13, en [http://www.cidob.org/es/content/download/4312/43961/file/1boniface\\_13-23.pdf](http://www.cidob.org/es/content/download/4312/43961/file/1boniface_13-23.pdf)

<sup>20</sup> Confirmada por su autodeterminación frente a una potencia colonial, por su firme entramado constitucional democrático, por su éxito económico y por su persistente capacidad de atracción sobre los “desheredados y explotados” (emigrantes) del mundo. Véase P. Isbell, “Excepcionalidad española y excepcionalismo estadounidense: raíces de desencuentros y reencuentros”, en Flys Junquera y Cruz Cabrera (eds.), *El nuevo horizonte: ...*, pp. 48-49.

<sup>21</sup> En 2000 el presupuesto dedicado a la diplomacia sólo alcanzaba 1% del presupuesto nacional, muy por debajo del 4% que se dedicaba en los años sesenta. Joseph Nye, *La paradoja del poder americano*, Madrid, Taurus, 2003, p. 198.

<sup>22</sup> Barbé, “Entre conclusiones y epílogo: lecciones de futuro tras la visita de Bush a Europa”, en Barbé (ed.), *¿Existe una brecha transatlántica?...*, p. 234.

ticas (con la Unión Europea y, por tanto, con España) serían otra de las víctimas destacadas.

El fin de la Guerra Fría y del bipolarismo hizo que las relaciones transatlánticas perdieran importancia para ambos socios de la alianza de seguridad creada para defenderse mutuamente del enemigo soviético. El llamado “pegamento de seguridad” se disolvió como el azúcar en el agua y la Europa unida, alentada por Estados Unidos en la Guerra Fría como aliado fiable y contrapeso a la división interna y a la expansión soviética, salió por fin al escenario a buscar un lugar bajo el nuevo sol, un nuevo equilibrio, si era preciso, sin la protección y la aprobación de Estados Unidos.

En efecto, el distanciamiento en las relaciones transatlánticas, que se evidenció crudamente por la guerra de Iraq en la primavera de 2003, tiene antecedentes algo más lejanos, que llevan a pensar en el predominio de circunstancias estructurales (por encima de las coyunturales), ligadas a las discrepancias existentes en materia de liderazgo y seguridad en el orden internacional. Tal distanciamiento estructural también vino acompañado de serias tensiones internas en el seno de la Unión Europea, porque también se discutía sobre su naturaleza, sobre la necesidad de aplicar una política de defensa y seguridad común y, por ende, sobre el cariz de la relación de la Unión Europea con Estados Unidos, convertido, en “hiperpotencia” ante nuevos y agresivos enemigos. Si se olvida la profundidad de la brecha transatlántica y la participación de España en la Unión, no podemos entender bien el giro atlantista del último gobierno de José María Aznar y sus consecuencias, no sólo para España, sino también para la Unión Europea.

Antes de la espectacular irrupción del terrorismo fundamentalista islámico en el escenario internacional, aparecían en el horizonte razones estructurales de distanciamiento, provocadas por los cambios intensos experimentados en el sistema internacional tras la caída del muro de Berlín. Estados Unidos ya no era indispensable para mantener el equilibrio de fuerzas en Europa, “para mantener a los americanos dentro, a los rusos fuera y a los alemanes abajo”, dado el éxito de su integración,<sup>23</sup> y Europa, aunque no tenía por sí sola una capacidad militar comparable a la de Estados Unidos (en 1999 el gasto en defensa de EE. UU. superaba al de los 15 países siguientes en el *ranking*), se había convertido en un polo de poder económico y político que comenzaba a competir con Estados Unidos.

Los años noventa mostraron la dependencia en materia de defensa y seguridad de Europa hacia Estados Unidos (probada en la incapacidad europea de resolver en exclusiva el conflicto de los Balcanes, sino hasta la aprobación de la intervención de Bill Clinton en Bosnia en 1994 y luego en Kosovo

<sup>23</sup> Barbé y Herranz, “La crisis de Irak...”, p. 32.

en 1999) y la peligrosidad para Estados Unidos del empuje comercial europeo, que provocó una “guerra comercial” abierta y muy visible durante los primeros años de esa década.<sup>24</sup>

Frente a ello, los líderes de ambos socios transatlánticos mostraron el interés necesario para limar esas tensiones. En diciembre de 1995, en la Cumbre Estados Unidos-Unión Europea de Madrid, Bill Clinton y Felipe González acordaron la creación de la Nueva Agenda Transatlántica (NTA), para dotar de cierta estructura institucional a las relaciones mutuas, que tuviera atribuciones económicas, comerciales y de seguridad. A través de ella se propusieron acciones conjuntas en cuatro ámbitos: la promoción de la paz, la estabilidad, la democracia y el desarrollo en el mundo, la respuesta a los desafíos globales, la contribución a la expansión del comercio mundial y transatlántico y el estrechamiento de puentes entre ambas orillas del Atlántico.<sup>25</sup>

El primer fruto de la Nueva Agenda Transatlántica fue el Nuevo Mercado Transatlántico, establecido en la agenda para reducir o eliminar progresivamente los obstáculos al libre comercio. Sus alcances fueron muy limitados respecto a la supresión de esos obstáculos (política agraria común, rechazo europeo a las leyes sancionadoras estadounidenses contra Cuba, Irán, Libia, etc.),<sup>26</sup> pero, a pesar del fracaso, no se interrumpió la expansión de la evidente interconexión de las economías europea y estadounidense. Así, el volumen de los intercambios creció y en 2001 alcanzó cerca de 2500 millones de dólares y empleó (a ambos lados) a cerca de 12 millones de trabajadores. La magnitud de la interconexión era tal que los sectores en conflicto (carne, maíz, acero) representaban entre 1 y 2% de la actividad económica transatlántica. Las inversiones europeas crecieron hasta alcanzar en los últimos años 850000 millones de dólares, mientras que la Unión Europea recibía 65% de la inversión privada estadounidense, con cifras muy llamativas: Irlanda recibe más del doble de la inversión estadounidense en China y Bélgica lo mismo que toda Asia. Esta intensa relación permite relativizar la

<sup>24</sup> Esther Zapater, “Las relaciones económicas exteriores en la Unión Europea: principales instrumentos”, en Barbé (coord.), *Política exterior europea*, Barcelona, Ariel, 2000, p. 30; Francisco Conde López e Inmaculada Hurtado Ocaña, “Las relaciones comerciales transatlánticas entre la Comunidad Europea y Estados Unidos”, en José María Beneyto *et al.*, *Europa y Estados Unidos. Una historia de la relación atlántica en los últimos cien años*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2005, pp. 285-286.

<sup>25</sup> Berta Carrión Becerril e Ignacio Cartagena, “Las relaciones institucionales entre la Unión Europea y Estados Unidos en nuestros días: análisis de la Nueva Agenda Transatlántica”, en Beneyto, *op. cit.*, p. 301.

<sup>26</sup> Soeren Kern, “Por qué debería reformarse la Nueva Agenda Transatlántica, y por qué no se reformará”, *Análisis del Real Instituto Elcano*, núm. 51, 2005, p. 3, en [http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM\\_GLOBAL\\_CONTEXT=/Elcano\\_es/Zonas\\_es/EEUU-Dialogo+Trasatlantico/ARI+51-2005](http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/Elcano_es/Zonas_es/EEUU-Dialogo+Trasatlantico/ARI+51-2005)

profundidad de la brecha, al haber sido sustituido el “pegamento de seguridad”, propio de la Guerra Fría, por el “pegamento económico”, consustancial a una economía globalizada.<sup>27</sup>

Pero, sin dejar de considerar la importancia del lazo económico, la brecha transatlántica que se hacía visible desde el fin de la Guerra Fría se ha podido profundizar desde 2001, por una cuestión de *valores*, personificados no tanto en la distinta naturaleza de las sociedades europea y estadounidense, sino en la distinta posición y aproximación de Europa ante los nuevos retos creados a la sociedad internacional por el terrorismo fundamentalista islámico.

Hablemos de *valores* primero. Aunque desde 2001 mucho se ha escrito sobre la posible divergencia creada entre los *valores* dominantes en Europa y en Estados Unidos, lo cierto es que en las respectivas agendas internacionales se demuestra que los valores de ambos son comunes ante sus dos principales competidores, Rusia y China. En esos escenarios sí parece que se mantiene un *pegamento de los valores* (defensa de los derechos humanos y políticos, de la democracia, de la libertad de comercio y del individualismo) que facilita el actual reparto de tareas entre la Unión Europea y Estados Unidos en el establecimiento de marcos de estabilidad y contención de Occidente con Rusia y China.<sup>28</sup>

Al margen de estas coincidencias, cuando comenzó a hacerse cada vez más evidente la reticencia de la Unión Europea a seguir los dictados impuestos por Estados Unidos en su guerra contra el terrorismo internacional, proliferaron los análisis que trataban de explicar ese alejamiento por la aparición en Europa a finales del siglo xx de una sociedad “posmoderna”, edificada sobre valores ya distintos a los de Estados Unidos.

Robert Kagan habló de la “cultura estratégica” de Europa, unida y posmoderna a finales del siglo xx, identificándola como la propia de Venus, que se ha edificado sobre su consciente debilidad militar y sobre la “insistencia en la negociación, la diplomacia y los lazos comerciales; su defensa del derecho internacional frente al empleo de la fuerza, de la seducción frente a la coacción, del multilateralismo frente al unilateralismo”.<sup>29</sup> Esos comportamientos de Venus provocan que “en la mayoría de las cuestiones internacionales los estadounidenses parezcan de Marte”, aunque “los europeos suponen, aunque se resistan a admitirlo en su fuero interno, que siempre que Irak o alguna otra nación ‘proscrita’ pueda surgir como peligro verdadero y presente –no uno meramente potencial–, Estados Unidos hará

<sup>27</sup> Carme Suárez, “Business is business: los negocios como puente transatlántico”, en Barbé (ed.), *¿Existe una brecha transatlántica?...*, p. 71.

<sup>28</sup> Barbé, “Entre conclusiones y epílogo: ...”, p. 228.

<sup>29</sup> Robert Kagan, *Poder y debilidad. Europa y Estados Unidos en el nuevo orden mundial*, Madrid, Taurus, 2003, p. 86.

algo al respecto”.<sup>30</sup> Donald Rumsfeld fue menos sutil y habló de la “Vieja Europa”, personificada fundamentalmente en Francia, recordando el decimonónico discurso sobre las razas mortecinas que acompañaba al darwinismo social, presente tanto en el imperialismo inglés como en el expansionismo estadounidense.

Por encima de las valoraciones demagógicas y abiertamente despectivas, se observaba que en la Unión Europea, integrada por democracias avanzadas, ya era visible el cambio generacional que hacía olvidar el anterior agradecimiento a Estados Unidos por su papel liberador frente al nazismo, así como el éxito de los procesos de integración política y económica, que ampliaban la fe y la confianza en los mecanismos multilaterales de cooperación para la resolución de conflictos.<sup>31</sup> Como también explicó Joseph Nye, se constataba en la sociedad de la Unión Europea que, en sociedades democráticas postindustriales, está cada vez más ausente el principio bélico, por lo que el uso de la fuerza requiere en ellas de una elaborada justificación moral para lograr el suficiente apoyo popular.<sup>32</sup> Los datos sobre España, reunidos en la encuesta *Transatlantic Trends 2004* de la Fundación German Marshall, muestran también la validez de esa lectura entre los encuestados, que apoyaban sólo mayoritariamente una intervención bélica en el exterior para concluir con una guerra civil.<sup>33</sup>

Pero, aunque sean visibles estas realidades, otros observadores siguen notando más coincidencias que diferencias entre los valores dominantes en las sociedades de ambos lados del Atlántico, pues son visibles las mismas aspiraciones democráticas y liberales, para ellos y el resto de mundo.

#### LOS SÍNTOMAS DE UNA POSIBLE BRECHA TRANSATLÁNTICA

Por tanto, si no fue la defensa de valores divergentes, ¿a qué se debió el profundo distanciamiento generado entre fines de 2002 y la primavera de 2003 entre algunos gobiernos europeos y el gobierno de George W. Bush?

No a la existencia de profundas diferencias en la percepción de las amenazas, comunes en ambos lados, ya que 95% de la opinión pública de las dos orillas se sintió amenazado por lo mismo: el terrorismo internacional,

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 10 y pp. 53-54

<sup>31</sup> Barbé y Herranz, “La crisis de Irak...”, pp. 36-37.

<sup>32</sup> Nye, *La paradoja...*, p. 27.

<sup>33</sup> Javier Noya, “Marte, Venus y la Vía Láctea: España en la encuesta *Transatlantic Trends 2004*”, *Análisis del Real Instituto Elcano*, núm. 154, 2004, en [http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM\\_GLOBAL\\_CONTEXT=/Elcano\\_es/Zonas\\_es/Imagen+de+Espana/ARI+154-2004](http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/Elcano_es/Zonas_es/Imagen+de+Espana/ARI+154-2004)

las armas de destrucción masiva y el fundamentalismo islámico.<sup>34</sup> Puede, sin embargo, explicarse ese distanciamiento en que se confíe, en una y otra orilla, en distintas respuestas para defenderse ante esas comunes amenazas y en que se discrepe en cómo gestionar la respuesta, sobre todo contra el terrorismo. Mientras que para Estados Unidos la guerra contra el terrorismo es una guerra externa en la que hay que usar la fuerza y el unilateralismo, para Europa es una lucha interna más fácil de resolver con “mantequilla que con cañones” y con multilateralismo.

Pero esa generalización no se podía aplicar del todo a lo que ocurrió. Podría señalarse como punto de partida el 7 de octubre de 2001, cuando Estados Unidos encabezó en Afganistán una guerra en busca de Osama Bin Laden, contra los talibanes, la campaña “Libertad Duradera”, alegando el principio de autodefensa de la Carta de las Naciones Unidas,<sup>35</sup> con que mantenían aún alguna legitimidad internacional.<sup>36</sup> Algo importante se quebró en la relación transatlántica y dentro de la propia Unión Europea cuando el presidente Bush, en su discurso sobre el Estado de la Unión de enero de 2002, habló ya claramente del “eje del mal” (Iraq, Irán y Corea del Norte) y de la posible intervención en Iraq sin la aquiescencia de la ONU.

El giro al unilateralismo en pos de reafirmar el liderazgo global de Estados Unidos se confirmaba sin duda con la aprobación en septiembre de 2002 de la Nueva Estrategia de Seguridad Nacional, que se anticipó apenas un mes a la aprobación por el Consejo de Seguridad de la ONU de la resolución 1441, que para Estados Unidos y parte de sus aliados europeos daría respaldo legal a la futura intervención en Iraq. La Estrategia de Seguridad Nacional suponía el claro dictado de una doctrina de poder y oportunidad, que se definía como un nuevo “internacionalismo estadounidense” que permitiría intervenir de forma particular y exclusiva al líder del nuevo orden mundial, y que fue calificada de “intervencionismo benévolo” por Tony Blair.<sup>37</sup>

<sup>34</sup> Manuel M. Durán Ros, “La relación transatlántica tras el 11 de septiembre”, en Ministerio de Defensa, *El vínculo transatlántico*, Madrid, Publicaciones de Defensa, 2004, p. 135 (Monografías del CESEDEN).

<sup>35</sup> Antoni Segura, *Señores y vasallos del siglo XXI. Una explicación de los conflictos internacionales*, Madrid, Alianza Editorial, 2004, pp. 223-224.

<sup>36</sup> Podría argumentarse, como hace Carlos Taibo (*Rapiña Global. Una interpretación a la política internacional contemporánea*, Madrid, Punto de Lectura, 2006, pp. 131-132), que la aplicación del derecho a repeler una agresión, en virtud del principio de autodefensa recogido en la Carta, exige tanto la inmediatez en la respuesta, como el control del Consejo de Seguridad. Al no darse estas dos circunstancias en la intervención en Afganistán, podría interpretarse que la ONU reconoció a Estados Unidos un derecho ilimitado de intervención e ingerencia, sin restricción alguna de tiempo, espacio o métodos.

<sup>37</sup> Albert Aixalá y María A. Sabote, “¿El fin de la comunidad de seguridad atlántica?”, en Barbé (ed.), *¿Existe una brecha transatlántica?...*, p. 52; y Segura, *Señores y vasallos...*, pp. 190-193.

Esa doctrina se implantaría con dos instrumentos. El primero era el ataque anticipatorio o guerra preventiva, muy criticada por razones éticas, legales y políticas. Éste forma parte de lo que Emmanuel Todd ha definido como “militarismo teatral”, que no pretende resolver nunca definitivamente un conflicto sino mantenerlo abierto y justificar constantes intervenciones. Su intención es enfrentar siempre a micropotencias que no ponen en verdadero peligro la seguridad y el poderío estadounidense y, con ello, garantizar la financiación y desarrollo de nuevas armas que aseguren la superioridad militar estadounidense.<sup>38</sup>

El segundo instrumento surge del multilateralismo “a la carta”, que Donald Rumsfeld definió como la potestad de crear “coaliciones de los dispuestos”, o el Departamento de Estado como “multilateralismo selectivo”. Un buen ejemplo se encontró en la formación de la Triple B de Bush, Blair y Berlusconi, con la “torna” de José M. Aznar,<sup>39</sup> que dio forma a la coalición de los dispuestos a iniciar una intervención en Iraq en la primavera de 2003.

Sin hacer un recorrido exhaustivo por las discusiones que se desplegaron antes y durante el estallido de la campaña en Iraq para derrocar a Saddam Hussein, es preciso enmarcar la formación de la parte europea de esa coalición en el propio contexto europeo.

La Unión Europea estaba por entonces empeñada en resolver asuntos determinantes para su futuro, como la ampliación a 25 miembros y el diseño de su futura constitución de la mano de la Convención creada en febrero de 2002 y presidida por Valéry Giscard d'Estaing. El importante debate sobre la constitución se abría cuando todavía estaba por establecer una adaptación europea conjunta al fin del mundo bipolar y la creación de una política exterior y de seguridad común. La deseada adaptación europea se dificultaba tanto por la fuerza de la soberanía nacional y de los intereses nacionales en el seno de la Unión, como por el hecho de que algunos países se mantenían atados a hábitos mentales y prácticas propios de la alineación euro-americana; y otros olvidaban progresivamente esos hábitos y prácticas, al tiempo que relativizaban las antiguas obligaciones que les vinculaban a Estados Unidos.<sup>40</sup>

Pero la Constitución se estaba redactando y surgieron temores que condicionaron el alineamiento o el distanciamiento con Estados Unidos. Mien-

<sup>38</sup> Emmanuel Todd, *Después del Imperio. Ensayo sobre la descomposición del sistema estadounidense*, Madrid, Foca, 2003, p. 23.

<sup>39</sup> Torna es una palabra catalana que hace referencia a lo que se añade para que una mercancía que se vende por un determinado peso alcance el peso exacto indicado. Manuel Vázquez Montalbán, *La aznaridad. Por el Imperio hacia Dios o por Dios hacia el Imperio*, Barcelona, Mondadori, 2004, p. 312.

<sup>40</sup> N. Gnesotto, “Crisis y perspectivas transatlánticas”, en *Anuario Internacional CIDOB 2003*, p. 190.

tras en la primavera de 2002 se reforzaba el eje franco-alemán, el temor a que la fuerza de ese eje quedara petrificado, tanto en las instituciones europeas como en la política exterior, reforzó alianzas alternativas en torno a Gran Bretaña, alentadas también por algunos de los que añoraban el papel “igualador”, entre europeos, que Estados Unidos había representado en décadas anteriores.

En definitiva, en la creación de la Triple *B* con la *torna* española no sólo intervino la diferente lectura ante el comportamiento del “amigo americano”, sino el posicionamiento diverso ante el proceso de ampliación y constitución de la Unión Europea en el que nadie quería perder relevancia. No en balde, la “torna” española también se caracterizó por ayudar al fracaso de la aprobación del texto de la Constitución Europea por la Conferencia Intergubernamental del 13 de diciembre de 2002. Sin duda, la negativa del presidente Aznar a aceptar una reducción de 10% en el número de votos necesarios para adoptar decisiones por mayoría cualificada contribuyó a aquel frustrado intento de aprobación del texto del tratado constitucional.

#### EL GIRO ATLANTISTA DEL GOBIERNO DE JOSÉ MARÍA AZNAR

En 2001 José María Aznar no obtuvo demasiados éxitos en Europa. Hubo el rechazo alemán y francés a las pretensiones españolas de condicionar las negociaciones para la ampliación a la garantía del reconocimiento del “efecto estadístico” en el reparto de los fondos de cohesión, que permitiría a España seguir recibiendo buena parte de las ayudas. La resolución de la crisis del islote de Perejil dejó tras de sí, al constatarse la frialdad francesa a las peticiones españolas y al imponerse la mediación estadounidense, “dudas sobre el verdadero peso de España en la OTAN y la UE, fomentando cierta sensación de soledad”.<sup>41</sup>

Pese a ello, contando ya con mayoría absoluta en el parlamento español, Aznar se empeñó en dar el salto: sacar a España de la categoría de potencia media, para introducirla en la élite de los principales actores europeos. Como

<sup>41</sup> El islote de Perejil, cercano a Ceuta y en disputa con Marruecos, fue ocupado por gendarmes marroquíes el 11 de julio de 2001. Una operación aerotransportada española los expulsó el 17 de julio ante la evidencia de que la solidaridad de la OTAN y de la Unión Europea sólo quedaría en palabras, al rechazarse en todos esos foros cualquier otra repesalia diplomática o económica contra Marruecos. Collin Powell se convertiría en el mediador del conflicto, obteniendo el restablecimiento de la situación previa a la ocupación, sin que el acuerdo se pronunciara explícitamente sobre la soberanía del islote. Charles Powell, “Política exterior y de seguridad de España”, en *Anuario Internacional CIDOB 2002*, Barcelona, CIDOB, 2003, en [http://www.cidob.org/es/content/download/6094/61521/file/2\\_powell.pdf](http://www.cidob.org/es/content/download/6094/61521/file/2_powell.pdf)

dice Richard Gillespie,<sup>42</sup> Aznar estaba dispuesto a correr el riesgo de acentuar su relativo aislamiento en Europa porque había convertido a España en uno de los aliados más fiables de Estados Unidos, aprovechando, sin duda, su buena relación con el presidente Bush. El 11 de septiembre dio a Aznar la posibilidad de convencer a muchos de que su dura apuesta contra el terrorismo interior se fortalecería con la guerra que el amigo americano encabezaría contra el terrorismo fundamentalista islámico; y de que se pondría fin a la soledad e incompreensión internacional que en muchos momentos había soportado España en su lucha contra ETA. De hecho, uno de los pilares esenciales de la justificación del apoyo que ofreció el gobierno y el partido de José María Aznar a la política estadounidense se encontraba en la común batalla contra el terrorismo, ya fuera de ETA o del fundamentalismo islámico, hasta el punto de identificar, como hace Aznar en su relato sobre sus años de gobierno, a los promotores del creciente sentimiento antiestadounidense con los que “sugiere[n] que no se puede vencer al terrorismo”.<sup>43</sup>

¿Qué llevó a Aznar a provocar la mayor ruptura en el diseño de la política exterior española desde 1986, al apostar por el alineamiento preferente con Estados Unidos y por la construcción de un eje alternativo Londres-Roma-Madrid al eje franco-alemán en la Unión Europea?<sup>44</sup> Se alude a su voluntad de ejercer un protagonismo que hiciera posible situar a España en un lugar relevante en el orden internacional, muy superior al que le pueden asignar sus reales capacidades económicas y militares.<sup>45</sup> También se destaca su deseo de contar con los supuestos beneficios políticos y económicos; no sólo los ligados a la reconstrucción de Iraq (como prometió Jeb Bush, hermano del presidente estadounidense y gobernador de Florida, en su visita a Madrid en febrero de 2003<sup>46</sup>) sino aquellos de la promoción de los intereses españoles en el mercado estadounidense y a la pretensión de alinearse con los mejores (las mejores democracias del mundo), que son, al mismo tiempo, los más fuertes.

Todos estos elementos parecían combinarse en las declaraciones que el presidente Aznar realizó para valorar los posibles beneficios de su posicionamiento ante la guerra de Iraq. Junto a la apuesta de la dirección estadounidense que se sostenía porque defendía los valores supremos y superiores

<sup>42</sup> Richard Gillespie, “Lidiando con la ambición. La política exterior y de seguridad de España al inicio del nuevo milenio”, en *Anuario Internacional CIDOB 2001*, Barcelona, CIDOB, 2002, en [http://www.cidob.org/es/content/download/7257/72396/file/2\\_gillespie.pdf](http://www.cidob.org/es/content/download/7257/72396/file/2_gillespie.pdf)

<sup>43</sup> José María Aznar, *Ocho años de gobierno. Una visión personal de España*, Barcelona, Planeta, 2004, pp. 144-147.

<sup>44</sup> Véase Ch. Powell, art. cit.

<sup>45</sup> C. Taibo, *op. cit.*, p. 184.

<sup>46</sup> *El Mundo*, Madrid, 18 de febrero de 2003.

de la democracia, sin que se esperaran ventajas económicas, se agregaba la expectativa de situar a España entre los países económicamente más desarrollados y políticamente más grandes. Para Aznar, el 11 de septiembre dio a España la oportunidad de asumir las responsabilidades internacionales propias de una democracia “que ha ido ganando fuerza y protagonismo” y que en Iraq no sólo defendía a un aliado, sino que defendía a “las democracias occidentales, y muy en particular la democracia española”.<sup>47</sup> Ana Botella, esposa de José María Aznar, sentenció que se había logrado asignar un “papel diferente en el mundo” para España ya a principios de 2004, como demostraba el que George W. Bush, en su primer viaje a Europa tras su reelección, visitara en primer lugar Madrid.<sup>48</sup>

Ese giro atlantista conllevó riesgos y reveses. Perjudicó la política mediterránea e iberoamericana de España, por la pérdida de atención que experimentaron directa e indirectamente estos ejes de la acción exterior. Mostró la escasa eficacia de la puesta en marcha de políticas propias de país de gran influencia con medios de “potencia media”. Lo cual dio forma a la “paradoja del crecimiento interno”, que origina una reducción de la participación real en los asuntos mundiales del país que aumenta su fuerza interna y no traslada a sus instrumentos de acción exterior (diplomáticos y militares) un crecimiento paralelo.<sup>49</sup> Eso ocurrió en la España de Aznar, que apenas destinaba 1.2% del PIB en defensa y 0.5% en el servicio exterior, mientras que Grecia y Portugal duplicaban esos porcentajes. En España el número de diplomáticos ha permanecido prácticamente constante en 20 años, pasando de 653 en 1980 a 680 en 2001.

También hubo efectos políticos que se pueden resumir en algo evidente tras las elecciones del 14 de marzo de 2004: la izquierda se hizo más europeísta en la movilización contra la participación española en la intervención en Iraq (era ya visible el “regreso a Europa” del primer gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero) y la derecha (al menos la mitad de la derecha) se tornó más a favor de Estados Unidos. Alessandro Seregni sostiene que la creciente animadversión hacia el presidente Bush y el comportamiento estadounidense en Iraq han alimentado desde 2002 “los mismos sentimientos de hostilidad, la misma crítica inflexible o aun el evidente antiamericanismo que había caracterizado el periodo de la transición”.<sup>50</sup>

La respuesta social no hubiera sorprendido a un analista atento, pues la sociedad española es la más multilateralista y la más pacifista de Euro-

<sup>47</sup> Aznar, *Ocho años de gobierno...*, pp. 173-174.

<sup>48</sup> A. Botella, *Mis ocho años en la Moncloa*, Madrid, De Bolsillo, 2004, p. 241.

<sup>49</sup> Powell, art. cit.

<sup>50</sup> Seregni, *El antiamericanismo español...*, p. 273.

pa. En los años ochenta sólo 15% de la opinión pública española pensaba que la mejor política para defender la paz era armarse, mientras que sus dos tercios pensaban que lo era el desarme. Ya entonces se pensaba que la fuerza no era la mejor garantía para la paz.<sup>51</sup> Esos primeros datos se confirmaron tras la guerra, a la vista de los resultados de la encuesta *Transatlantic Trends 2004* de la Fundación German Marshall, que por primera vez incluyó a España.<sup>52</sup>

Los resultados muestran que cuando se pregunta si en alguna circunstancia la guerra es necesaria para hacer justicia, sólo 25% responde afirmativamente en España, frente a 84% en Estados Unidos y 40% en Europa. Sólo en un caso los españoles son belicistas: la intervención para terminar con una guerra civil en el extranjero, que apoyada por 70% de los encuestados españoles, frente a 56% de los europeos y 38% de los estadounidenses. El antiamericanismo se mantenía en los niveles más altos de Europa al manifestar sólo 10% de los encuestados su apoyo a la política exterior estadounidense y 18% su reconocimiento a Estados Unidos como líder mundial, cuando este liderazgo era aceptado por 36% de los europeos.

Pero, ¿la estrecha amistad Bush-Aznar ha tenido efectos económicos positivos para la internacionalización de la economía española? Las moderadas relaciones comerciales bilaterales en un mundo globalizado no parecían haberse afectado mucho por la mejor relación personal entre dos líderes y no es probable que se pudiera mejorar o empeorar significativamente el sexto lugar de Estados Unidos en la lista de socios comerciales de España. Los análisis más recientes señalan que las oportunidades de inversión española, tanto públicas como privadas, en el mercado estadounidense no se han visto perjudicadas por el cambio de gobierno y que, de hecho, las inversiones procedentes de Estados Unidos en España han crecido de 38 000 millones de dólares en 2003 a 45 000 millones en 2004, sin que la Cámara de Comercio Estadounidense en España prevea cambios significativos.<sup>53</sup>

Más aún, los analistas entienden que en un mundo interdependiente y globalizado, atento a la presencia económica de empresas transnacionales,

<sup>51</sup> Zaldívar, "Miradas torcidas...", p. 18.

<sup>52</sup> Véase Noya, "Marte, Venus y la Vía Láctea..."

<sup>53</sup> Gayle Allard y Rafael Pampillón, "El impacto de la Inversión Directa de Estados Unidos en España", *Documentos de Trabajo*, núm. 19, 2005, en <http://www.realinstitutoelcano.org/wps/wcm/connect/resources/file/eb3f7340bd7bb7a/PDF-019-2005-E.pdf?MOD=AJPERES&attachment=true>. Paul Isbell, "Las relaciones económicas entre España y Estados Unidos. ¿Qué importancia tienen los vaivenes Aznar-Zapatero?", *Análisis del Real Instituto Elcano*, núm. 197, 2004, en [http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM\\_GLOBAL\\_CONTEXT=/Elcano\\_es/Zonas\\_es/EEUU-Dialogo+Trasatlantico/ARI+197-2004](http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/Elcano_es/Zonas_es/EEUU-Dialogo+Trasatlantico/ARI+197-2004)

los beneficios económicos de esa relación preferente (incluso en el mercado hispano-estadounidense) eran hipotéticos e intangibles, si no se producía en España una aplicación intensa de programas de reforma económica que generaran el aumento de la productividad para hacer sostenible y viable una más intensa internacionalización de la economía española.

Suponiendo que todo lo que podía acompañar la nueva alianza con Estados Unidos (riesgos, oposición social y política, beneficios económicos etéreos) era conocido por Aznar y sus asesores cuando se produjo ese conflictivo giro atlantista, ¿qué llevó a Aznar, a ser la “torna” de la Triple B?

Javier Tusell trató de explicarlo recurriendo a dos conceptos muy ilustrativos. Primero, el de la “burbuja reputacional”, de la que se cubrió Aznar, y que lo impulsó a defender pretensiones de influencia que no se corresponden con la realidad. Con ello trasladó a la política internacional el “síndrome de Bonaparte”, en que los pequeños se asignan una altura que no les corresponde. Ana Botella, atenta seguidora de Aznar, no pareció darse cuenta de que, a pesar de sus esfuerzos, se hacía real finalmente uno de los versos del poema preferido de su marido, *If* de Rudyard Kipling: “todos cuentan contigo, pero ninguno demasiado”, ni de que a aquel síndrome se unía el estilo de “halcón avinagrado”<sup>54</sup> para definir la crispación, la prepotencia y el desprecio por el debate que acompañaba el discurso sobre política exterior de Aznar. En segundo lugar, estaba “el síndrome del pato cojo”, visible entre aquellos mandatarios que al saber que acaban inexorablemente su mandato se creen autorizados a no responder por sus actos ni ante la opinión pública ni ante el Parlamento.<sup>55</sup>

La virulencia de estas críticas, sostenidas por serios y prestigiosos analistas e historiadores, da buena prueba de la profunda quiebra en la sociedad española, que generó la nueva posición atlantista de Aznar. Afortunadamente, para casi todos, las relaciones bilaterales, tanto políticas como económicas, estaban antes y después de Aznar poco desarrolladas y profundamente condicionadas por la pertenencia de España a la Unión Europea. El retorno a la primacía de Europa, así pues, más parece el retorno a la normalidad deseable.

<sup>54</sup> Javier Pradera, “El halcón avinagrado”, *El País*, Madrid, 18 de septiembre de 2002.

<sup>55</sup> J. Tusell, *El aznarato. El gobierno del Partido Popular*, Madrid, Suma de Letras, 2004, pp. 450 y ss.